

deseos de realizarlas. Ese *Contrato social* que disuelve las sociedades, fué el Corán de los discursistas vehementes en 1789, de los jacobinos de 1790, de los republicanos de 1791, y de los más atroces furiosos... Oí en 1788 á Marat leyendo y comentando el «*Contrato social*, en los paseos públicos, siendo aplaudido por un auditorio entusiasta.» En el mismo año, entre la multitud inmensa que llena el Gran Salón de la Audiencia; Lacreteille oye, citado el mismo libro, y alegados sus dogmas «por pasantes de la Bazoche, por jóvenes abogados, por todo el

pequeño pueblo letrado que hormiguea en publicistas de última hora.» Véase por cien detalles que se encuentra en manos de todos como un catecismo. En 1784, según los *Recuerdos manuscritos* de M... algunos hijos de magistrados al ir á tomar su primera lección de derecho en casa de un agregado, M. Saresté, se encuentran con que el libro que á guisa de manual les da su maestro es el *Contrato social*... Los que encuentran sobrado difícil la nueva geometría política, aprenden por lo menos sus axiomas, y si estos les repugnan, se hallan sus conse-



Un sepelio en una iglesia

cuencias palpables, sus cómodos equivalentes, su pequeña moneda corriente, en la literatura favorita, teatro, historia y novelas (1).

Por medio de los *Elogios* de Thomas, de las pastorales de Bernardino de Saint-Pierre, de la compilación de Raynal, de las comedias de Beaumarchais y hasta del *Joven Anacarsis*, y merced al nuevo favoritismo de la antigüedad griega y romana, los dogmas de igualdad y libertad se filtran y penetran por todas las clases que saben leer. «Estos últimos días, dice Metra en su *Correspondencia*, había un comité de cuarenta eclesiásticos rurales en casa del cura de Orangis, á cinco leguas de París. A los postes, y en la franqueza que el vino inspira, todos convinieron en que habían ido á París á ver las

(1) *El compadre Mathieu*, por Dulaurens (1766). «No debemos nuestras desdichas sino al modo como hemos sido criados, es decir, al estado social en que hemos nacido. Por cuanto, pues, este estado es la fuente de todos los males, su disolución no puede menos de ser la fuente de todos los bienes.»

Bodas de Figaro. Parece que hasta aquí los autores cómicos han tenido siempre el propósito de hacer reír á los grandes á costa de los pequeños; aquí, por el contrario, los pequeños son quienes ríen á costa de los grandes.» De ahí el éxito del drama. Hubo administrador de una posesión que se encontró con un Raynal en la biblioteca, y las furibundas declamaciones en él halladas le arrebataban hasta el punto de que treinta años más tarde todavía las recita sin tropezar. Sargento hay de guardias francesas que por la noche borda chalecos para ganar con qué comprar los nuevos libros. Tras la pintura galante de retrete, hé aquí la pintura austera y patriótica; el *Belisario* y los *Horacios* de David indican el nuevo espíritu del público y de los talleres. Es el espíritu de Rousseau, el espíritu republicano; invadió toda la clase media, artistas, empleados, curas, médicos, procuradores, abogados, letrados, periodistas, y tiene por alimento las peores pasiones lo propio que las mejores: la ambición, la envidia, el deseo de liber-

tad, el celo por el bien público y la conciencia del derecho.

IV

Todas estas pasiones se exaltan unas á otras. No hay nada como una injusticia para avivar el sentimiento de justicia. Nada hay como el sentimiento de la justicia para avivar el dolor de una injusticia. Al presente, que el Tercer estado se cree privado del puesto que le corresponde, se halla mal en el que ocupa, y sufre mil pequeños choques que antiguamente no hubiera sentido. Cuando uno se siente

ciudadano se irrita de ser tratado como vasallo y nadie se aviene á ser el inferior de aquel á quien se considera igual. Por esta razón durante los últimos veinte años, por más que el antiguo régimen se temple, parece más pesado y sus picaduras exasperan como si fuesen heridas. Citaríanse veinte casos que no uno. En el teatro de Grenoble, Barnave, niño aún, estaba con su madre en un sitio que el duque de Tonnerre, gobernador de la provincia, destinaba á uno de sus cortesanos. El director del teatro, y luego el oficial de guardia, van á suplicar á la señora Barnave que se retire; ésta se niega; por orden del gobernador llegan cuatro fusileros para obligarla á



Peluquería

ello. Ya el parterre tomaba cartas en el asunto y eran de temerse violencias cuando, advertido de la afrenta, M. Barnave fué á acompañar á su mujer diciendo en alta voz: «Salgo por orden del gobernador.» El público, toda la burguesía indignada, obligóse á no volver al teatro sino después de una satisfacción, y en efecto, el teatro permaneció desierto durante muchos meses, hasta que la señora Barnave consintió en reaparecer en él. El futuro diputado recordó más tarde el ultraje y juróse «sustraer la casta á que pertenecía de la humillación á que parecía condenada.» De una manera análoga Lacroix, el futuro convencional, según las *Memorias* de Tilly, empujado á la salida del teatro por un gentil-hombre que daba el brazo á una mujer alegre, quejase en alta voz: —«¿Quién sois vos?» — Él, provinciano aún, tiene la ingenuidad de recitar su nombre, apellidos y cualidades. — «Y bien, — dice el otro, — os está muy bien que seais todo eso; yo soy el conde de Chabannes y llevo mucha prisa.» Con lo que

«riendo estrepitosamente» sube á su carruaje. «¡Ah, señor, decía Lacroix, irritado aún con su mala ventura, que horrible distancia ponen entre los hombres la preocupación y el orgullo!» Podéis tener por seguro que en casa de Marat, cirujano en las caballerizas del conde de Artois, en casa de Robespierre, protegido del obispo de Assas, en casa de Danton, abogadillo de Mery-sur-Seine, en casa de los demás, en veinte encuentros distintos el amor propio había destilado sangre de igual manera. La concentrada hiel de que están penetradas las memorias de la señora Roland no tiene otra causa. Según las mismas palabras de Fontanes, que la conoció y admiró, como puede verse en los *Nuevos lunes*, de Sainte-Beuve, no perdonaba á la sociedad el sitio inferior que había ocupado por largo tiempo en la misma (1). Gracias á Rousseau, la vanidad, tan natu-

(1) *Memorias de la señora Roland*. Presentada á los catorce años á la señora de Boismorel, se siente herida al escuchar como

ral al hombre, tan sensible en un francés, se hace más sensible aún. El menor viso, una inflexión de voz parece un signo de desdén. Como puede verse en de Vaublanc, I, 153. «Un día que se hablaba ante el ministro de la guerra de un oficial general llegado á este grado por su mérito: «¡Ah, sí, dice el ministro, oficial general de fortuna!» «Esta palabra fué repetida, comentada, é hizo mucho daño.» En vano los grandes «acogen con una igual y dulce bondad á todos los que les son presentados;» en casa del duque de Penthièvre los nobles comen con el dueño de la casa, los plebeyos comen con su primer gentil-hombre y no entran en el salón sino para tomar el café. Allí, «encuentran ellos con autoridad y elevado tono» á los demás que han tenido el honor de comer con su Su Alteza y «que no dejan de saludar á los recién llegados con una complacencia llena de protección.» Con esto basta; en vano el duque «lleva sus atenciones hasta la exageración;» á Beugnot, tan flexible, no le quedan ganas de volver. Se les guarda rencor, no sólo por los saludos sobrado leves que hacen, sino también por las reverencias harto acentuadas que se les dirigen. Champfort cuenta con amargura que de Alembert, en lo más brillante de su reputación, hallándose en casa de la señora de Deffant con el presidente Henault y el señor de Pont-de-Veyle, llegó un médico llamado Fournier, que dijo al entrar dirigiéndose á la señora de Deffant:

«Señora, tengo el honor de presentaros mis muy humildes respetos,» al presidente Henault: «Señor, tengo el honor de saludaros,» al señor de Pont-de-Veyle: «Señor, soy vuestro muy humilde servidor,» y á de Alembert: «Buenos días, caballero» (1). Cuan-

llaman «señorita» á su abuela. Algo más tarde dice: «yo no podía desconocer que valía algo más que la señorita de Hannaches, cuya genealogía y sus sesenta años no bastaban á darle la facultad de escribir una carta que tuviera sentido común ó fuese legible.» Hacia la misma época pasó ocho días en Versalles en casa de una mujer del Delfinado, y dice á su madre: «Algunos días más y de testaré tanto á esa gente que ya no sabré qué hacer de mi odio.» «¿Qué mal te hacen pues? Sentir la injusticia y contemplar continuamente lo absurdo.» En el palacio de Fontenay, invitada á comer, se la obliga á hacerlo con su madre en la repostería etc. En 1818, en una ciudad del Norte, el conde de... comiendo en casa de un subprefecto burgués, y colocado en la mesa al lado de la dueña de la casa, le dice al aceptar la sopa: «Gracias, alma mía.» Pero la Revolución da pico y uñas á la baja burguesía, y un instante después es ella la que le dice con su más encantadora sonrisa: «¿Queréis pollo, alma mía?»

(1) Champfort, 16. «¿Quién lo creería? No son los impuestos ni los mandamientos de prisión, ni todos los demás abusos de la autoridad, no son ya las vejaciones de los intendentes y las ruinosas demoras de la justicia las que más han irritado á la nación sino que es

do el corazón está indignado todo es objeto de resentimiento para él. Al Tercer estado, á ejemplo de Rousseau, le hiere todo lo que los nobles hacen, mejor aún, todo lo que son; su lujo, su elegancia, su chiste, sus maneras finas y brillantes. Champfort se siente agriado por los cumplimientos con que le han colmado. Siéyes está resentido por la abadía que se le prometió y que no le han dado. Cada uno, además del resentimiento general, tiene su sentimiento particular. Su frialdad lo propio que su familiaridad, sus atenciones lo mismo que sus desatenciones, son ofensas, y bajo esos millones de alfilerazos reales ó imaginarios, la copa de hiel se llena.

En 1789 se ha llenado y va á rebosar. «El título más respetable de la nobleza francesa, escribe Champfort, consiste en descender directamente de alguno de los treinta mil hombres con casco, coraza, brazales y quijotes, que montados en grandes caballos paramentados de hierro, hollaban con sus pies ocho ó diez millones de hombres desnudos, antepasados de la nación actual. ¡Hé ahí un derecho bien probado al respeto y al amor de sus descendientes! Y para que esta nobleza acabe de ser más respetable, se recluta y regenera con la adopción de esos hombres que han acrecentado su fortuna despojando la cabaña del pobre que no puede pagar los impuestos.» «¿Por qué el Tercer estado, dice Siéyes, no echaría á los bosques de la Franconia á todas esas familias que conservan la loca pretensión de haber nacido de la raza de los conquistadores y de sucederles en sus derechos de conquista? Supóngase que por no haber policía Cartouche se hubiese establecido más sólidamente en una carretera real; ¿habría adquirido un verdadero derecho de peaje? Si hubiese tenido tiempo de vender esa especie de monopolio, tan común en otro tiempo, á un sucesor de buena fe, ¿se habría hecho mucho más respetable su derecho en manos de su adquirente? Todo privilegio es por su naturaleza injusto, odioso y contrario al pacto social. La sangre hierve á la sola idea de que fuese posible consagrar legalmente al final del siglo XVIII, los frutos abominables del abominable feudalismo. La casta de los nobles es verdaderamente un pueblo aparte, pero un pueblo falso, que no pudiendo existir por sí mismo por falta de órga-

la preocupación de la nobleza, aquella contra la cual ha manifestado más odio. Lo que lo prueba de una manera evidente, es que son los burgueses, los hombres de letras, los hombres de negocios, en fin, todos los que están celosos de la nobleza, los que han sublevado contra ella al pueblo bajo en las ciudades y á los labradores en el campo.» (Rivarol *Memorias*).

nos, se adhiere á una nación real como esos tumores vegetales que no pueden vivir sino de la savia de las plantas á las que fatigan y desean. Ellos lo chupan todo, nada hay sino para ellos.» «Todas las ramas del poder ejecutivo han caído en poder de la casta que provee (de antemano) la Iglesia, la toga y la espada. Una especie de confraternidad ó de compañerismo hace que los nobles se prefieran entre sí y para todo, al resto de la nación. La corte es la que ha reinado y no el monarca. ¿Y qué es la corte sino la cabeza de esta inmensa aristocracia que cubre todas las partes de la Francia; que por sus miembros alcanza á todo, y ejerce en todas partes lo que de esencial hay en todo el poder público? Pongamos fin, «á ese crimen social, á ese largo parricidio que una clase tiene á honra el cometer diariamente contra las demás... No pidáis ya, en fin, cual es el sitio que deben ocupar los privilegiados en el orden social; esto es preguntar que sitio quiere asignarse en el cuerpo de un enfermo al humor maligno que lo mina y le atormenta... á la horrorosa enfermedad que devorará su carne viva.» La consecuencia se presenta por sí misma: estirpemos la úlcera, ó cuando menos, limpiemos la gangrena. El Tercer estado es por sí solo «una nación completa» á la que no falta ningún órgano y que no necesita de auxilio para subsistir ó dirigirse, y que recobrará la salud así que haya sacudido los parásitos incrustados en su epidermis. «¿Qué es el Tercer estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta el presente en el orden político? Nada. ¿Qué pide? Ser algo en él.» No algo, sino todo. Su ambición política es tan grande como su ambición social, y aspira á la autoridad lo mismo que á la igualdad. Si los privilegios son malos, el del príncipe es el peor de todos porque es el más enorme, y la dignidad humana herida por las prerogativas del noble, perece bajo la arbitrariedad del rey. Importa poco que apenas use de ella, y que un gobierno, dócil á la opinión pública, sea el de un padre indeciso é indulgente. Libre del despotismo real, el Tercer estado se indigna contra el despotismo posible, y crearía ser esclavo consintiendo en continuar súbdito. El orgullo paciente se ha erguido, se ha envarado y para asegurar mejor su derecho va á reevindicarlos todos. ¡Es tan dulce, tan embriagador para el que desde la más remota antigüedad ha sufrido un amo el ponerse en su lugar y darle el propio, decirse que aquel es su mandatario, creerse miembro del soberano rey de Francia por su parte alcuota, único autor legítimo de todo derecho y de todo poder! Con arreglo á las doctrinas de Rousseau, las actas del Tercer estado declaran por unanimidad que es ne-

cesario dar á Francia una constitución; Francia no la tiene, ó por lo menos, la que tiene no es válida. Hasta aquí, «las condiciones del pacto social eran ignoradas,» en la actualidad que son conocidas, deben consignarse. No es exacto el decir, como lo hacen los nobles según Montesquieu, que la constitución existe, que no deben alterarse sus principales caracteres, que sólo se trata de reformar los abusos, que los Estados-Generales no tienen más que un poder limitado, y que son incompetentes para sustituir á la monarquía un régimen distinto. Tácita ó expresamente, el Tercer estado se resiste á restringir su mandato y no admite el que le opongan vallas. En su consecuencia exige, de una manera unánime, que los diputados voten «no por clases, sino nominal y conjuntamente.» «En el caso de que los diputados del clero y de la nobleza se negaran á emitir su opinión en común y nominalmente, los diputados del Tercer estado, representantes de 24 millones de hombres, pudiendo y debiendo siempre llamarse Asamblea Nacional á pesar de las excisiones de los representantes de 400.000 individuos, ofrecieron al rey, de acuerdo con los del clero y la nobleza que quieran á ellos unirse, los auxilios necesarios para atender á las necesidades del Estado, y los impuestos así consentidos se repartirán entre todos los súbditos del rey indistintamente» (1). «El Tercer estado, dicen otras actas, constituyendo el 99 por ciento de la nación, no es una clase. Para en adelante, con ó sin los privilegiados, se le llamará el pueblo ó nación.» No se objete que un pueblo así mutilado se convierte en una muchedumbre, que los jefes no se improvisan, que difícilmente puede uno privarse de sus directores naturales, que de todos modos este clero y esta nobleza son todavía gente escogida, que las dos quintas partes del territorio están en su poder, que la mitad de los hombres inteligentes é instruidos pertenecen á sus filas, que su buena voluntad es grande, y que esos antiguos cuerpos históricos han dado siempre sus más robustos pilares á las constituciones libres. Según el principio de Rousseau, no debe averiguarse el valor de los hombres sino contarlos; en política, sólo el número es respetable; ni el nacimiento, ni la propiedad, ni el empleo ni la capacidad son títulos; grande ó pequeño, ignorante ó sabio, general, soldado ó granuja, cada individuo no es más, en el ejército social, que una unidad provista de un voto,

(1) Actas del Tercer estado de Dijon, de Dax, de Bayona, y de San Severo, de Rennes, etc.